

oficial llamaba *foragidos*. El «Ejército Nacional» cruzó nuestra campaña de un extremo al otro, y aunque soportaba la miseria, y carecía de municiones, fué siempre una columna organizada, una tropa regular, sujeta á disciplina muy severa.

A su paso, no levantaba protestas, no sublevaba el ánimo de los pobladores con actos de violencia ni de inmoralidad. Los raros infelices que no supieron respetar los derechos de vida y de propiedad fueron ejecutados.

Tales eran los *foragidos*.

Por su número y por la ejemplar conducta de sus unidades, el «Ejército Nacional» recojió con la gloria de las batallas, la excelsa honra de encarnar los principios democráticos y las más avanzadas ideas de la civilización y de la libertad.

Agregad á todo eso, el círculo amenazante ceñido á las fronteras.

Ocho mil estaban dentro. Seis mil estaban fuera, descosos de invadir. Oh! Lo decimos nosotros, que lo formábamos: en el corazón de la capital argentina, aún allí, la idea revolucionaria latía y bramaba; aún allí, hubo un núcleo de quinientos bien resueltos á pelear: dispuestos, sí, y con ansias, á desembarcar en las playas de Montevideo y formar con sus cuerpos un puente para tomar el parque y los cuarteles gubernistas. Dentro del país y fuera de él, la revolución estaba en todos los corazones y se justificaba en todas las conciencias.

Escribía entonces el ilustrado historiador argentino don Bartolomé Mitre, que la revolución estuvo siempre *militarmente vencida*. Así sucedería sobre el tapete del erudito escritor y en el cerebro del militar que se empolvó en *La Verde*. Vencida en el terreno de los hechos, no lo estuvo jamás.

No obstante, la revolución es vencida. Aparicio Saravia y Diego Lamas envainan sus espadas en *La Cruz*. Los jefes se retiran á sus casas. Las divisiones entregan sus armas y se disuelven.

¿Quien obró todo eso?—El patriotismo! La nación clamaba la paz para curar las profundas heridas de la guerra. El Partido Nacional se adhirió á la paz. La patria demandaba el sacrificio supremo de la convicción y del anhelo íntimo. El Partido se dispuso á tan rudo sacrificio. El pueblo comprendió la necesidad de un pacto, entre la revolución y el gobierno.—El Partido Nacional vendó sus ojos con la enseña patria, quebró su jefe la espada al golpe de su ástil, y firmó el *Pacto de Setiembre*. Así tuvimos paz. Como en Noviembre del 55. Como en Abril de 1872. Adquirida á tan caro precio. debió esperarse que ella sería fecunda en beneficios.

¿Lo ha sido por completo?

No!

¿Lo será?

Late este día gozoso el corazón. No empañe-

mos esa alegría inmensamente justa. Del árbol de la guerra, ya maduraron los primeros frutos. El árbol de la paz, no ha florecido aún, acaso no ha arraigado en este suelo que la naturaleza ha colmado de tesoros, y que los hombres han devastado y mantenido estéril con el incendio de sus ambiciones.

El Partido Nacional no se cruza de brazos para esperar. Marcha al progreso. Es un partido militante y nunca fuerza inactiva. Espera. Trabaja. Confía en el porvenir.

Bajo el renglón de luz:

18 DE SETIEMBRE DE 1897

tracemos nuestro lema:

JUSTICIA, CONCORDIA CÍVICA, PROGRESO.

El comandante Francisco Ledesma

FRAGMENTO DEL DOCTOR EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

He aquí la hermosa página arrancada á los escritos inéditos del autor de «Ismael», la que nos relata en vigoroso y brillante estilo cómo murió el valiente comandante Ledesma, segundo jefe de la 3.ª división en el glorioso «Ejército Nacional».

«De entre pequeños boscajes y piedras dispersas en campo de Nicanor Amaro, echados sobre el vientre, casi encima de la ribera que el Uruguay festonaba con la resaca, los fusileros en corto grupo escalonado hacían nutrido fuego sobre las naves de guerra enemigas.

«Caía una llovizna fría.

Los tripulantes contestaban con otras las descargas desde escotillas y troneras, y los cañones de sus barcos lanzaban por elevación balas y granadas hácia el campamento del grueso revolucionario. Nadie hacía caso. Los proyectiles describían largas parábolas, y se perdían luego en las lejanas lomas, no produciendo en su trayectoria más que una música siniestra de hierros que se rompen en el espacio.

«De pronto, muy próximo á la orilla cubierta por el humo de la pólvora, un bizarro joven casi un niño, Teodoro Berro, digno vástago del valeroso Bernardo que al frente de su tropa dirigía la acción del flanco, cae herido en el muslo.

«El bravo é inolvidable Ledesma, segundo en el mando de aquellos briosos combatientes, se lanza veloz al sitio, saltando las breñas con la pujanza de un toro de lidia; coje en sus brazos robustos al doncel que se vá en sangre: carga con él para sustraerlo sin demora al granizo de balas, echándolo al hombro: se arroja hácia adelante con vigoroso empuje, y en mitad de su noble arranque, dá una sacudida y se desploma inerte.

«Un grueso proyectil le había atravesado todo el cerebro, saliendo por el lóbulo izquierdo.

«Cayó, como fulminado por un rayo. Ni una contorsión muscular siquiera agitó su macizo cuerpo de atleta.

«El niño se salvó y recuperó pronto la salud, para morir después en Aceguá al igual de su salvador del Hervidero: con un balazo en la frente, peleando con los alientos de un veterano contra el 3.º de caballería de línea.

«Alzado Ledesma en brazos de sus compañeros, se le acostó en una mesa bajo el techo de un galpón, y allí se le hizo guardia de honor por algunas horas.

«Los más esforzados, lloraban al contemplar inmóvil para siempre al bizarro luchador que momentos antes dominaba con su grito heroico la ribera del caudaloso río.

«En tanto, el cañón seguía rugiendo sin descanso como una salva funeral!

E. ACEVEDO DÍAZ.

Mister Red Fly

GOOD AFTERNOON AND GOOD NIGHT

En San Fructuoso ha visto la luz pública un nuevo periódico. Su título es «La Tradición». Su divisa, la tradición colorada. Se llama órgano del partido colorado, aunque esto de órgano hace poca gracia, sobre todo al que tiene que tocarlo.—«La Tradición», viene provista de excelentes materiales tipográficos, y, lo que es esencial, bastante bien escrita. A todo ésto nada tenemos que decir, á no ser que retribuimos atentamente su saludo á la prensa nacional, en la mínima parte que nos corresponde.

Pero, no callaremos algunas observaciones respecto á su artículo-programa, cuyo epígrafe es *Propósitos*. Su autor es el señor Red Fly, nombre tan singular y tan exótico, que á sajón nos huele. De él tomaremos algunas líneas para solaz de nuestros lectores.

«
 «Otros se dicen nacionalistas; aparentemente arrancada su vieja divisa de *oscurantismo*, cambiado su nombre, su código y su lema, avanzan impertérritos, no con la actitud reverente del ciudadano rehabilitado, sino con el aire arrogante y amenazador de Catón sacudiendo su vestidura; quieren convencernos de sus santos propósitos de política amplia regeneratriz y pura.—Sería sacrilegio suponerles otras intenciones que las de procurar el bien común y la felicidad de la patria; sus ataques se dirigen contra la arbitrariedad y el abuso, nó contra el individuo ni menos aún contra el partido político á que pertenece, pero si la policía persigue á un blanco autor de una pillería, no se acuerdan de la pillería sino de que la policía persigue á un blanco.

«Tal es el fondo moral de la tela donde se destacan los *titiriteros* que actualmente mue-